

Leñero sobre Ibargüengoitia

Edgar Esquivel

Me voy porque ya me cansé de tener que ir al teatro (actividad que he llegado a detestar). Hace casi medio siglo que Jorge Ibargüengoitia lo sentenció y cumplió: abandonó el teatro. Antes de ser novelista y cuentista, cronista de excepción, quiso ser un dramaturgo exitoso. Las reediciones actuales de sus libros se abocan a la narrativa, por lo que, exceptuando bibliotecas, es difícil conseguir los compendios de sus obras dramáticas. Pero entre 1953 —aún alumno del mítico Rodolfo Usigli en la Facultad de Filosofía y Letras, allá en el viejo edificio de Mascarones— y 1962, fecha de publicación de *El atentado*, redactó por lo menos trece piezas, además de farsas infantiles.

Es pues la faceta menos conocida y leída del autor de *Los relámpagos de agosto*; por tanto, resulta valioso el recuento de hechos del libro *Los pasos de Jorge Ibargüengoitia*. Ahí Vicente Leñero describe pasajes y vicisitudes de esa vocación inicial pero sobre todo cómo lograría Ibargüengoitia, a partir de sus primeras experiencias, intuición y oído singulares, una postrer carrera literaria muy apreciada. Y vaya si se empeñó en ser gente de teatro; sin embargo, las dificultades propias del medio (finanzas, infraestructura, promoción, competencia) limitaban oportunidades de representación, a lo que se sumaban las reticencias al perfil de sus propuestas, la tirante y frustrante relación con su mentor —Usigli— e incluso su propia personalidad (era poco dado a socializar con la gente del gremio). Leñero reconstruye, gracias al uso de una serie de cartas y diversos materiales, la intimidad y vericuetos de aquel aprendizaje con el que Ibargüengoitia pudo desarrollar historias, personajes y una carrera propia, pero de igual modo señala las frustraciones —profesionales, temáticas, amorosas—, que develan el origen de ese estilo único, agudo y procax, donde el retrato de situaciones ve-



rosímiles y sin pretensión realzan lo impredecible de la realidad y nuestros placeres más elementales; fueron años de ensayo y búsqueda, de un denodado esfuerzo por hacer un teatro distinto, desprovisto de cursilerías formales y rigidez que cimentarían una obra mayor en la narrativa mexicana.

Hacia 1957 “el resquemor empieza a embargar al joven dramaturgo a consecuencia quizás —al menos en parte— del triunfo grande que no llega, de la consagración que se retarda”. Se abre un periodo de transición: antes de abandonar el teatro para siempre, Ibargüengoitia ejercería precisamente la crítica teatral a manera de prolongado y desafiante retiro. Estaba “dispuesto a desmitificar valores del teatro mexicano y a introducir la sátira como forma de comentario”. Escéptico y distanciado del medio teatral (“ya no tuvo freno que le impidiera arrojar a diestra y siniestra el ácido de su crítica”) a partir de abril de 1961 colaboraría con regularidad en la *Revista de la Universidad de México*. Durante más de dos años —hasta noviembre de 1963—, mediante el uso franco de expresiones personalísimas, ágiles, desenfadadas, criticó los contenidos de las puestas en escena de la época. Por supuesto no faltaron en aque-

llos escritos (alrededor de unas veintiocho entregas) el sarcasmo ni la ironía, mucho menos el análisis riguroso o la destreza de un maestro en Arte Dramático. *A mí me perdonan. La crítica constructiva puede ser muy notable como virtud, pero no sirve para nada [...] La crítica destructiva debe ser mordaz, cruel, certera y llena de imaginación.*

El meandro de la crítica no es menos oscuro ni profiere menos desilusiones que el erradicar una aspiración literaria. Y las circunstancias que le llevaron a realizarla (de manera chistosa, desmitificadora, con riesgos aceptados) representaron la antesala donde se renovarían su ánimo como fabulador y afianzarían sus convicciones estéticas. Las convenciones y los ritos, el heroísmo o la santidad, no son dignos de reverencia alguna, al contrario, sin importar que se trate de políticos de bronce, escritores intachables o amas de casa ejemplares. Ibargüengoitia era un creador y la sensibilidad para ejercer la crítica, por naturaleza, debía ser poco común, ni mejor ni peor que la de otros, sólo distinta. No es casual que sus últimos textos como crítico (junio y julio de 1964) conformen el epitafio de la lápida que había colocado al teatro de sus deseos, a manera de contrarréplica a un Carlos Monsiváis que le reprochó —quién lo diría—, “que lo pintoresco haga las veces de razonamiento y que se pueda, en nombre del sentido del humor, legalizar la arbitrariedad”, a propósito de un texto “no logrado” de Alfonso Reyes (convertido en comedia musical por Juan José Gurrola), y hayan dado la puntilla final al lastre de su potencial creativo. *Ni modo. Quien creyó que todo lo que dije fue en serio, es un cándido, y quien creyó que todo fue una broma, es un imbécil.* Alguien dijo que la crítica literaria debiera surgir de una deuda de amor. Ibargüengoitia pagó por adelantado y tomó otro camino. **u**